

I. INTRODUCCIÓN

Hemos comenzado ya este día de retiro poniéndonos en oración, en presencia de María, en presencia de Dios, para que realmente vivamos un retiro, es decir un día de encuentro con Dios, de diálogo con Él, para poner nuestra vida bajo su mirada, bajo su Luz.

Ése es el sentido más profundo de cada retiro: un retorno al corazón de Dios. Y por lo tanto un momento de conversión, de volver nuestro propio corazón, toda nuestra persona, hacia Él. Por eso la importancia del silencio que en este retiro sí se marca y se quiere cuidar todo el día... hoy sólo queremos hablar con Dios, regalarle unas horas de "exclusividad", para que también Él se nos regale de manera especial, nos regale su Amor, nos regale su gracia. Esto es lo que posibilita el silencio: la apertura a Dios, el marco necesario para que se produzca el encuentro tan deseado con Cristo, que podamos hablarle y que podamos escucharle. Y sobretodo que estemos en su cercanía, que si no sabemos qué decir o no podemos decir nada, entonces digamos simplemente: "Sólo quiero estar contigo". Quizás sea ésta la oración más hermosa, más sencilla y filial.

Cada retiro tiene su particularidad, su acento, que hace que nuestra conversación con Dios tenga –por así decirlo- un "tema especial" de qué hablar... Y este acento (a parte de lo que cada una traiga en su propio corazón) nos lo da el lema:

EN EL SANTUARIO, CON MARIA, AL PIE DE LA CRUZ

Con él también nos hacemos eco del lema que ilumina nuestro año en este itinerario hacia el 2014: "Tu Santuario, fuente de nuestra vida"

El Santuario es la fuente de nuestra vida porque es nuestro lugar de encuentro con Dios, con los demás, con nosotros mismos...

Y si en el retiro de Adviento meditamos sobre el Santuario como nuestro Belén, como lugar de nuestro encuentro con Dios, ahora seguimos profundizando en ello. La cuaresma y la Semana Santa nos invitan a encontrarnos con Cristo en la cruz, es decir, con un Dios al que por su Amor tan grande no le ha bastado con nacer y hacerse uno de nosotros, sino que este Amor le ha llevado a entregar su propia vida por nosotros: Cristo se deja crucificar para la vida del mundo.

Meditar en el misterio de la cruz, es meditar en el misterio del Amor, de la vida entregada por Amor, es en definitiva meditar sobre el Amor que se nos ha regalado a cada uno. Cada uno puede decir mirando la cruz, sin ninguna duda: "Soy tan amado"

Por eso, en la cruz, o mejor dicho, en Cristo crucificado, me encuentro a mí mismo, sé quién soy, contemplo mi esencia más profunda: soy hijo de Dios, el hijo más amado.

Esta charla quiere ser una sencilla meditación sobre este misterio, y como misterio que es, para acercarnos a él nos ayudan los símbolos. Y como símbolo de este misterio queremos contemplar la CRUZ DE LA UNIDAD. Cruz que vemos cada vez que entramos al Santuario.

Una cruz que contiene lo más esencial de nuestra espiritualidad: Cristo y María unidos, bajo la mirada de Dios Padre (representado en otro símbolo, el Ojo del Padre). En esta cruz se nos presenta nuestra imagen de Cristo, nuestra imagen de María y, reflejada en ellos, nuestra propia imagen.

II. LA CUARESMA Y EL MISTERIO DE LA CRUZ

En su mensaje para la Cuaresma de este año, Benedicto XVI nos dice:

“La Cuaresma nos ofrece una vez más la oportunidad de reflexionar sobre el corazón de la vida cristiana: la caridad”.

Los cuarenta días de la Cuaresma quieren llevarnos cada año más profundamente hacia el misterio más íntimo de nuestra Redención, misterio que no es otro que la caridad, el Amor de Dios. Esto es descubrir la dimensión más profunda de nuestra vida, nadie es feliz sin amor o recibiendo amor “por horas contadas”, o dicho en positivo, lo único que nos da la felicidad es el auténtico amor, ese amor que es para siempre, que lleva el sello de lo eterno...

Pero si miramos a nuestro alrededor, cuántas veces lo que observamos, nuestra propia experiencia de cada día, nos muestra amores “temporales”... cuántas veces hemos escuchado frases tipo “estaremos juntos mientras dure nuestro amor”. ¿Es esto amor verdadero? ¿puede un amor de este tipo darme seguridad, darme una promesa de felicidad algo donde de entrada pongo en duda el “para siempre”? Nos damos cuenta que el sentimiento de vida del hombre de hoy, apenas está marcado por esta dimensión profunda de lo eterno:

“Estamos llenos del mundo y nos hemos olvidado de la eternidad.”
(P. Karl Wallner O. Cist.)

Lo superficial, lo inmediato, reclama toda nuestra atención. Y eso hace que también nuestro amor se vuelva sin darnos cuenta también superficial y acabamos viendo todo solamente desde la perspectiva del “yo” y nuestro amor se hace entonces mezquino, egoísta, utilitarista. Y esto es lo más alejado del amor pleno que es gratuito, desinteresado, sacrificado, centrado en el “tú”. Y nos puede pasar que como vamos perdiendo la capacidad de amar, también perdamos la capacidad de sentirnos amados... y viceversa, siento que nadie me quiere realmente... me siento frustrado en el amor porque no logro entregarme tanto como desearía o porque no percibo el amor de los demás (incluso de mi propio cónyuge y de mis hijos)... y vamos perdiendo la felicidad de la vida con los demás y para los demás, y esto que nos pasa en el plano natural lo trasladamos al plano espiritual: no puedo o no sé amar más a Dios y no me siento tan amado por Él... y vamos perdiendo también la experiencia extraordinaria de saberme redimido por “Aquel que me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20).

Por eso, el tiempo de Cuaresma es una nueva oportunidad que la Iglesia nos regala para volvernos de nuevo hacia el Amor verdadero, para tener una experiencia de este amor de Cristo, tan divino y tan humano, tan sobrenatural (porque es Dios) y tan natural (porque murió como hombre). La Cuaresma y la Semana Santa nos trazan un itinerario para llegar a la profundidad del Amor, un amor que es para siempre, un amor que se hizo promesa de eternidad cuando Cristo mismo dijo:

“Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”

“... (La Cuaresma) es un tiempo propicio para que, con la ayuda de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, renovemos nuestro camino de fe, tanto personal como comunitario. Se trata de un itinerario marcado por la oración y el compartir, por el silencio y el ayuno, en espera de vivir la alegría pascual.”

(Mensaje del Santo Padre, Benedicto XVI para la Cuaresma 2012)

Este mensaje del Sto. Padre para la Cuaresma se centra en una frase de la Carta a los Hebreos de San Pablo:

“Fijémonos los unos en los otros para estímulo de la caridad y las buenas obras” (10,24).

Es un mensaje precioso que os animo a leer durante estas semanas. Yo voy a tomar sólo algunas de sus ideas. Y lo primero que voy a tomar es la explicación que hace del verbo usado por Pablo, “fijémonos”.

“El primer elemento (de la exhortación de San Pablo) es la invitación a «fijarse»: el verbo griego usado es *katanoein*, que significa **observar bien, estar atentos, mirar conscientemente, darse cuenta de una realidad**. Lo encontramos en el Evangelio, cuando Jesús invita a los discípulos a «fijarse» en los pájaros del cielo, que no se afanan y son objeto de la solícita y atenta providencia divina (cf. *Lc 12,24*), (...) Lo encontramos también en otro pasaje de la misma *Carta a los Hebreos*, como invitación a «**fijarse en Jesús**» (cf. 3,1), (...) Por tanto, el verbo que abre nuestra exhortación invita a **fijar la mirada en el otro**, ante todo en Jesús...”

(Mensaje del Santo Padre, Benedicto XVI para la Cuaresma 2012)

Y por eso, seguimos esta invitación del Sto Padre y de San Pablo de “**Fijarse en Jesús**”, pero con la fuerza de ese “**observar bien, estar atentos, mirar conscientemente, darse cuenta de una realidad**”

III. LA CRUZ DE LA UNIDAD

Fijémonos en la Cruz de la Unidad, hagámoslo cada vez que entremos en nuestro Santuario. Porque ese fijarnos nos puede regalar un momento precioso de oración, de contemplación.

Os invito, pues a vivir este retiro, espiritualmente en el Santuario, contemplando el misterio de la Cruz, esa cruz que realmente es la fuente de nuestra vida, porque en ella descubrimos el misterio de nuestra salvación, el misterio de nuestra vida.

Voy a tocar 3 puntos:

1. Cristo en la cruz
2. María al pie de la cruz
3. Nosotros mismos en esa cruz.



III.1. Cristo en la cruz

Observemos a Cristo crucificado.

Está ahí, clavado en la cruz, los clavos atraviesan sus manos y sus pies... describe el P. Kentenich en la undécima estación del Vía Crucis del Hacia el Padre:

“Te veo extender dócilmente las manos y dejarte conducir en todo por los verdugos;
los clavos te penetran las manos y los pies.
Tú los recibes como un saludo de amor del Padre”

Esta oración es impresionante: Cristo, libremente, “dócilmente”, acepta la cruz, acepta los clavos... Son los clavos del Amor, de la obediencia filial a Dios Padre. Se cumple la disposición de Cristo en Getsemaní:

“Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú.” (Mt. 26, 39)

Cristo, en la cruz, es el Hijo que sólo anhela cumplir los deseos del Padre. El Hijo que se fía totalmente del Padre, que sabe que en ese dolor, en ese sufrimiento está el “saludo de amor del Padre”.

En la Cruz, Cristo nos redime de cada “no” que le hemos dado a Dios, ya con palabras ya con nuestro actuar, consciente o inconscientemente.

“Porque ya no renunciamos a nuestra obstinación, Tú ya no quieres tener voluntad propia; tu alimento preferido es cumplir los deseos del Padre, en el cual encuentra seguridad todo lo tuyo.

La antigua Serpiente procura siempre seducir a los hombres para que no escuchen La palabra del Padre, y tercamente vayan por confusos caminos y estén a disposición de poderes tenebrosos.

Tú congregas a los que están dispuestos, Señor, a atarse libremente en ti a los deseos del Padre y que están orgullosos de los clavos de la obediencia, como corresponde a una esposa de Cristo, a un hijo de Dios.

Siempre quiero decidirme con lúcida libertad; sólo la obediencia guiará mi amor;
Y el plan de amor del Padre, eternamente válido, podrá así realizarse en mi existencia.”
(J.K., Vía Crucis del Hacia el Padre)

Creo que estos pensamientos son muy importantes para nuestra vida diaria, para los momentos en que nos sentimos aplastados por el peso de una cruz. Porque nosotros solemos estar acostumbrados a ver las cruces de madera o de metal en las iglesias, en nuestras casas, incluso muchos llevamos una cruz al cuello... pero cuando esa cruz se hace real, concreta, una vivencia, ahí es donde nuestra fe queda al descubierto y según cómo sea esta fe así es también nuestra respuesta ante la cruz.

Por eso ante la cruz nos conocemos, nos encontramos con lo más profundo de nosotros mismos, la cruz nos “desvela”, nos quita las máscaras de una religiosidad a veces muy superficial, tan sólo de ritos y formas.

- ⇒ Por eso, preguntémonos en este día, cuál es mi cruz, o mis cruces... y cómo reacciono frente a ellas. ¿Es mi fe quien me sostiene en estos momentos? ¿Mi fe en un Dios que es Padre, que me ama como a su hijo más amado?
- ⇒ Hoy es un gran momento para rezar como el apóstol, "Creo, Señor, pero aumenta mi fe".

La cruz es un misterio en el sentido de porqué Dios eligió este camino para redimirnos... son las razones de Dios... pero sí podemos llegar a comprender por la propia experiencia que tenemos del amor, que su autenticidad se prueba en la entrega, en el darse, en el regalarse aún a costa de perder lo propio... por eso sí es "razonable" que la mejor manera de que Dios nos demostrara su amor por nosotros, de que realmente nos quiere como hijos, es a través de la entrega total, de la propia vida, de la propia sangre de su Hijo.

Ver a Cristo en la cruz es ver la prueba más grande del amor que Dios nos tiene.

"Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"

- ⇒ Ante la cruz, ¿creo realmente que Dios me ama a mí, personalmente? ¿Se lo agradezco? ¿Cuáles son los momentos de mi vida en que me he sentido más amado?
- ⇒ La cruz también me confronta conmigo mismo y me hace cuestionarme por la calidad de mi amor a aquellos que digo que amo. ¿Es mi amor tan noble, tan puro, tan sacrificado, tan desinteresado?
- ⇒ De Cristo se dice "Nos amó hasta el extremo". ¿Hasta qué "medida" amo yo?

Realmente la cruz es una "provocación", nos provoca en la medida del amor que tenemos, nos provoca en la firmeza de nuestra fe filial. ¿Hasta dónde está arraigada esta fe en mi corazón?

- ⇒ "Escándalo para los judíos, locura para los griegos..." ¿y para mí?....

III.2. María al pie de la cruz

Seguimos "fijándonos" en la Cruz de la Unidad y contemplamos a María al pie de la cruz, junto a su Hijo, recibiendo en un cáliz la sangre y el agua que brotan de su costado abierto.

Es una imagen sorprendente, (tratemos de verla "por primera vez", no la encontremos "obvia").

María, la Madre del Crucificado... La que le llevó en su seno, la que lo dio a luz, la que le enseñó a andar, la que lo educó, la que le enseñó todo lo que como hombre debía saber, la que le enseñó a rezar "Abba, Padre mío"... está ahora viendo morir a su Hijo.

El P. Kentenich describe en la oración Nona -de las tres de la tarde- del Oficio de Schoenstatt. lo que debió ser el momento del Calvario para María:

"Allí (en el Calvario) veo la renuncia fuerte de tu corazón maternal
y la inmolación valerosa de todos tus derechos de madre;
allí junto al Señor, tu Unigénito,
te obsequias para salvación del mundo,

al Padre, que reina en su trono.”
(J.K., Oficio de Schoenstatt del Hacia el Padre)

Aquí está dicha en oración, en una imagen, toda la mariología de Nuestro Padre Fundador. Para él, María no es sólo la Madre de Jesús, sino que su gran misión va más allá de la maternidad física. Ella es “la permanente compañera y colaboradora de Cristo en la obra de la Redención”. Ella tiene un papel esencial, ella es la corredentora.

María colabora con Dios, sin restricciones. Nunca retiró el sí dado en la Anunciación. Ella acompaña a Jesús hasta la cruz, ella camina físicamente hasta el Gólgota, pero sobretodo lo acompaña con su “pensar y amar”. Ella vive su Vía Crucis exterior y su Vía Crucis interior... cuánto le costaría a ella “renunciar a sus derechos de Madre”, permitir que fuera Dios Padre quien marcara el destino de su Hijo, su muerte. Y no sólo permitirlo, aceptarlo pasivamente, como a quien no le queda otro remedio, sino que Ella le da un Sí consciente, activo. Se regala a sí misma al Padre “como un regalo de amor” y regala a su propio Hijo como Ofrenda para la Salvación de todos los hombres. Ella comprende que su colaboración en el sufrimiento, en el momento más importante de la historia mundial, hace que desborde el tesoro infinito del amor del Redentor.

Cristo muere físicamente y podríamos decir que María muere espiritualmente.

Cristo mismo marca esta misión a María, cuando se dirige a ella como “Mujer” y no como “madre”. Lo hizo en las bodas de Caná: “¿Qué tengo yo contigo, mujer?” (Jn. 2, 4) y lo vuelve hacer justamente al pie de la cruz: “Mujer, he ahí a tu hijo” (Jn 19,26)

San Juan hace una evocación de Gn. 3, 15: “Enemistad pondré en ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar”.

El evangelista ve en Caná y en el Calvario una relación de Jesús con su Madre que va más allá del amor filial, que lo sobrepasa, por un lado ve la misión de la maternidad espiritual de María no sólo respecto a él, el discípulo al que Jesús le encomienda, sino a toda la humanidad representada en él. San Juan, con esa mirada teológica tan profunda hace la relación con el génesis, y descubre junto con la promesa del Mesías la promesa de una Mujer especial, María es la Nueva Eva.

María tenía que estar al pie de la cruz, como la Nueva Eva junto al Nuevo Adán. Los dos, Dios hecho hombre y la Mujer pre-redimida, una mujer que representa a toda la humanidad diciendo libremente “sí”, quiero ser redimida, sí, necesito tu salvación... pues Dios no quiere obligar a la humanidad siquiera a ser salvada (porque el Amor nunca obliga, ofrece). Sólo con un “sí” libre, auténtico, se podía superar el “no” de Adán y Eva. El “no” que nos alejó de Dios, que nos privó del paraíso, el “no” que dejó entrar el pecado, el dolor, el sufrimiento y la muerte, en el mundo.

María recoge la sangre redentora de Cristo y como el primer Santuario Vivo, nos la media, nos hace llegar todo el torrente de gracias que fluye del costado abierto del Señor. Por eso, Ella, el Santuario, son fuente de nuestra vida, de la vida de la gracia, de la vida divina.

Cada día cuando entramos en el Santuario, cuando contemplamos la Cruz de la Unidad, podemos agradecer el “Sí” de María que, a nombre nuestro, aceptó la entrega de Cristo, reconoció y aceptó la necesidad de ser redimidos.

⇒ ¿Siento yo la necesidad de ser redimido? ¿En qué?

En esta cruz, en María, también vemos lo que significa el “Nada sin ti, nada sin nosotros”, la entrega mutua de amor hasta el extremo. En esta cruz, en María, vemos lo que significa ser instrumentos, colaborar con Cristo en la obra de la Salvación. En esta cruz, en María, vemos lo que significan las palabras de Jesús “el que quiera ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga”

La persona mariana es “aquella que ha comprendido a la luz de la fe y en toda la profundidad posible, la posición de la Madre de Dios en la obra de la redención; que permanentemente la pone de manifiesto en su vida práctica hasta sus últimas consecuencias, a fin de llegar a ser un apóstol santo”. (J.K., Jornada para miembros femeninos de la Federación, 1924)

El mayor fruto de nuestra vinculación a María, de vivir en Alianza, de dejarnos educar por ella en el Santuario ha de ser llegar a ser como ella. Que ella saque de nosotros el hombre nuevo, la mujer nueva, el Hijo de Dios. Que nuestra vinculación mariana se transforme en actitud mariana.

Vinculación mariana “es el núcleo de la educación mariana. Una educación mariana que no llegue a esta vinculación a María, jamás alcanzará el pleno sentido y la bendición de la devoción mariana ni podrá jamás pretender haber agotado realmente lo más profundo y principal de la devoción mariana.” (J.K., 1939).

La actitud mariana se orienta en el modo de proceder de la Sma Virgen frente a Dios, a la vida y a sí misma. Y se traduce en un estilo de vida mariano, que es

“un estilo de vida noble, espiritualizado, divinizado, sencillo, natural, ingenuo. En esta sencillez, ingenuidad, naturalidad se halla la perfección de la criatura y de la gracia.

Un estilo de vida recio y maduro,

Un estilo de vida bondadoso y alegre,

Un estilo de vida que sabe moverse

hábil y diestramente en la vida.” (J.K., 1929)

⇒ ¿Mi amor a María, me lleva a querer asemejarme a ella, más aún a configurar mi día a día como lo haría ella, a tomar mis decisiones desde ella?

⇒ El estilo de vida que llevo, el estilo de vida de mi familia, ¿es mariano?

⇒ ¿En qué aspecto de mi persona, de mi vida, le puedo pedir que sea mi educadora?

III.3. Nosotros mismos en esa cruz.

Y por último, en María, en Alianza de Amor con ella, Cristo nos hace la invitación a ser sus colaboradores, a cooperar con Él en la Obra de la Redención. Entonces mi cruz, mi dolor, mi sufrimiento, no es un “sin sentido”, sino que puedo ofrecerlo como un gran Capital de Gracias, para la salvación de los hombres. Cristo nos necesita (nos quiere necesitar) para que el mundo, el corazón de cada hombre, vuelva al Corazón de Dios.

Por eso, si volvemos a “fijarnos” en la Cruz de la Unidad, vemos que hay un “hueco” en el lado derecho, frente a María. ¿No será una invitación a “colocarnos” espiritualmente ahí? Una invitación a poner nuestra mano sobre la de María y sujetar también ese cáliz, a ser también pequeños “medianeros de la gracia”...

"En el Santuario quieres formar almas
Que vivan siempre como diáconos
al pie de la cruz
y recorran con Cristo vías dolorosas.

Según leyes de redención
siempre valederas
y como la Inscriptio lo pide,
haz que, con mi vida de sacrificio
complete lo que falta
a la cruz y al dolor de Cristo."
(J.K., Oficio de Schoenstatt del Hacia el Padre)

En esta imagen nos descubrimos a nosotros mismos, porque la cruz es parte de nuestra vida. Y no queremos enfrentar o vivir las cruces cotidianas de cualquier manera con los dientes apretados, con rebeldía, con una resignación derrotista, sino como María, como un hijo de Dios, con fe filial, con sentido... aunque no entendamos.

Todo lo podemos entregar "como un regalo de amor a la fuente santa de gracias que desde el Santuario brota cristalina" (J.K. Oración de Ofrecimiento, Hacia el Padre)

Este es el mayor apostolado que podemos hacer, para que muchos puedan beber de esta fuente, para "saciar la sed de amor que padece el mundo" (J.K.)

Seguramente cada uno de nosotros puede reconocer que en el Santuario ha recibido abundantes regalos y bendiciones. La fuente de gracias de la Alianza de Amor ha hecho florecer de alguna manera mi vida.

"Gratis lo recibisteis, dadlo gratis" (Mt 10,8 b). Nuestro regalo por eso no debe ser mezquino ni calculado. Generosamente queremos regalarnos a nosotros mismos y regalar nuestra vida, regalar nuestras cruces, al "fondo redentor" del Santuario, que llamamos desde los comienzos de Schönstatt "Capital de Gracias".

"Me santifico por ellos" (Cf Jn 17,19).

Estas palabras encabezan el Horario Espiritual que muchos de nosotros tenemos, y que regalamos "como contribución al Capital de Gracias de la Madre, Reina y Victoriosa tres veces Admirable de Schoenstatt".

"Si vemos el mundo actual, sentimos nuestros límites. ¡Qué impotentes nos sentimos frente a las fuerzas antdivinas! Pero si sé que mi silenciosa vida de sacrificio ayuda a atraer las gracias de Dios, que la bondad infinita del Señor las pone a disposición de innumerables personas, cuánto contenido adquiere entonces mi vida" (J.K., 1935).

Es la conciencia de la realidad de la "comunidad de los santos", es hacer consciente y vivir concretamente lo que el Sto Padre nos dice en su Mensaje para la Cuaresma:

"... el otro me pertenece, su vida, su salvación, tienen que ver con mi vida y mi salvación."

⇒ Durante esta Cuaresma ¿qué quiero aportar conscientemente al Capital de Gracias del Santuario, para ayudar a Cristo a "saciar la sed de amor que padece el mundo"?